

UNA DE LAS innumerables voces de contenido literario y político del exilio español de 1939 fue la de Isabel Oyarzábal Smith, conocida en el ámbito periodístico como Beatriz Galindo y más tarde como Isabel de Palencia, el apellido de su marido. Nacida en Málaga en 1878 de padre andaluz y madre escocesa, dominó desde niña las dos lenguas familiares, además de otros idiomas, que le permitieron destacar en los foros internacionales. El teatro, la literatura, el compromiso social, el feminista, la infancia fueron temas que jalonaron su trayectoria vital. Una aventura apasionante al servicio del progreso y la democracia. Afiliada a la Agrupación Socialista madrileña, fue inspectora Provincial del Trabajo en Madrid, presidenta de Asociaciones feministas, fundadora, con María de Maeztu y otras, del Lyceum Club, delegada en la Asamblea de la Sociedad de Naciones, en las Conferencias Internacionales del Trabajo, junto a Fernando de los Ríos, Julio Álvarez del Vayo, Angel Ossorio y Gallardo... Llegó a ser la única mujer que formó parte de la Comisión Permanente anti-Esclavitud, en las Naciones Unidas. De 1936 a 1939, fue ministro plenipotenciario de España en Suecia y Finlandia y defensora de los derechos de la República española, junto a Luis Jiménez de Asúa, en el Congreso Laborista de Edimburgo, denunciando los peligros de la "No Intervención". Como periodista colaboró en El Sol, Nuevo Mundo, El Herald, y La Esfera, entre otros, y fue corresponsal de The Daily Herald y de Laffan New Bureau de Londres...

Su producción literaria, en castellano y en inglés, abarcó el cuento, la novela y el teatro. En 1940, publicó su autobiografía *I Must Have Liberty* y, en 1941, *The Life of Alexandra Kollontai*: ambas coincidieron en Suecia como embajadoras, Isabel de la República española y Kollontái de la URSS.

Desde 1940 residió en México donde prosiguió su ingente labor literaria y periodística al servicio de la España transterrada, en las revistas del exilio, *Romance*, *La España peregrina*, y otras publicaciones, y sus actividades de traductora y conferenciante. Su larga y fecunda biografía se cerró en México, en 1974, soñando España.

Antonina Rodrigo

Isabel Oyarzábal

Quiero tener libertad¹

Traducción y notas de Amparo Hurtado

[Madrid, invierno, 1931.]



SALGOMAÑANA". Me quedé mirando fijamente aquel trozo de papel que Asunción me había entregado al llegar a casa, después de recorrer la ciudad en busca de una persona que iba a ver a no sé quien que nos había ofrecido dos cajas de naranjas de Valencia y Murcia para nuestros exilados en París. El médico había recomendado comer fruta a Indalecio Prieto, el dirigente y el precio de las naranjas en París estaba por encima del bolsillo de los refugiados políticos.

"Salgo mañana". El telegrama era de Cefe. Volvía a casa. Dos años de ausencia, pese a un encuentro ocasional, habían sido muy pesados. Los chicos estaban creciendo deprisa y yo tenía muchas responsabilidades, no sólo en el aspecto económico. Los contactos de Cefe con la Paramount Film Company habían sido de gran ayuda e incluso nos habían permitido ahorrar un poco. Pero en todo me vi obligada a tomar todas las decisiones y a cargar con el peso de todas las preocupaciones, una responsabilidad considerable cuando se está rodeada por una ardiente juventud que no lleva ningún cuidado. Este era el caso de los amigos de Cefito, estudiantes de medicina como él, dispuestos a arriesgar todo por el futuro con el que soñaban, un futuro con libertad.

Durante los dos últimos años, habían detenido y golpeado a muchos estudiantes y a mí me consumía la ansiedad cuando mi hijo llegaba tarde o cuando él y sus amigos asumían un aire inocente, prueba segura de que estaban tramando alguna de las suyas: pegar pasquines en las farolas o en las paredes o repartir octavillas. Pasatiempos bastante inocentes en sí mismos, pero peligrosos incluso entonces. Hasta la pequeña Marissa quería cumplir su cometido, pegando trozos de papel en los árboles del paseo cuando sacaba a dar una vuelta a su perro, Brujo, antes de cenar. A la mañana siguiente, cuando la llevaba a la escuela, estaba encantada de ver a la policía arrancando los papeles con sus navajas. Estos trocitos de papel con un *Viva la República* escrito en cada uno de ellos eran la franca expresión de los deseos de España. A menudo se ha dicho que la juventud no debería intervenir en política. ¿Pero cómo hubieran podido no participar aquellas despiertas mentes jóvenes en lo que estaba pasando cuando incluso los más conservadores y equilibrados de los hombres, los profesores a los que estimaban y admiraban, se habían visto obligados a tomar posición contra la brutalidad ignorante, la brutalidad de las armas contra la razón y de la fuerza contra la justicia, y cuando los derechos fundamentales del país eran pisoteados por las autoridades?

En realidad, nuestras vidas se habían trastornado. Se anteponeía la espada a la toga. La farsa sustituía a la verdad. La gente decente estaba en la cárcel y los usurpadores y violadores de la ley disfrutaban de libertad.

Hubiera encontrado muy difícil mantener alta la moral de los jóvenes de mi alrededor si no hubiera sido por su indestructible fe en lo justo.

El *Herald* me tenía muy ocupada. Logré otra buena exclusiva cuando fui la primera corresponsal extranjera que pudo entrar en la cárcel de Madrid para ver a los presos políticos después de la sublevación de diciembre. Me junté con las hijas del señor Alcalá Zamora a las que habían concedido un permiso para ver a su padre y me tomaron por una de ellas. Alguien consiguió colar una cámara en un bolsillo y tomar algunas instantáneas, lo que posibilitó que el *Herald* publicara una noticia de portada con la fotografía del futuro presidente de la república mirando hacia afuera tras los barrotes de su celda. La primera vez que fui a la cárcel, que pronto se convirtió en el

lugar de reunión de la gente más distinguida de Madrid, me quedé más desanimada por el aspecto de aquel sitio de lo que hubiera podido suponer. Verdaderamente, las pesadas puertas de hierro guardadas por centinelas armados, los largos pasillos desnudos barridos por un helado viento de enero y la sensación de puertas que se cierran tras de sí carecían de todo atractivo. Tuve una visión fugaz de la puerta de nuestro antiguo convento mientras el guardia me guiaba hacia la galería de los presos políticos. Se suponía que éstos nunca debían estar mezclados con los llamados "presos comunes".

En la galería donde estaban situadas las celdas de los presos políticos, la escena era más alegre. La gente estaba charlando y haciendo planes como si estuviese bastante segura del futuro.

Se lo comenté a Alcalá Zamora.

"Necesitamos trazar planes, claro, -me contestó-. No nos pueden hacer nada. Nos hemos sublevado no en contra de la ley sino en nombre de la ley y cualquier español lo sabe".

De hecho, los presos se pasaban la mayor parte del tiempo organizando los planes para estar listos para unirse a los acontecimientos y acaso para gobernar el país después de su liberación y cuando el pueblo español hubiera sido debidamente consultado.

Aquella mañana, el presente inmediato me daba vueltas en la cabeza: Cefe volvía casa.

El rey, dándose cuenta por fin de que estaba poniendo en peligro irreversible el trono, había tenido que prescindir del dictador y nombrar un gobierno provisional encargado de restaurar la normalidad. Se reclamó el regreso de muchas personas, entre ellas Cefe, que habían sido despedidas de su trabajo y enviadas al exilio sin ninguna razón y se las reincorporó a sus puestos. Ya no se pudo hacer justicia a su gran amigo, Enrique de Mesa. El poeta había muerto a los cuatro meses de su detención.

Mi marido estaba de excelente ánimo cuando llegó a casa. Las perspectivas eran tan deslumbrantes que parecía que otra vez iba a valer la pena vivir. Lo primero que hicimos fue poner en práctica un proyecto largamente acariciado. Empezamos a edificar una casa.

Uno de los antiguos sueños de Cefe era tener una casa propia. Cefito y Marissa querían lo mismo. Yo no estaba tan entusiasmada. Pensaba que me iba a atar mucho. Además, detestaba las casas construidas en serie, de un mismo modelo, que se levantan en filas y son todas exactamente iguales. Pero eran las únicas que se ajustaban a nuestros recursos. El destino quiso que precisamente entonces nos cruzáramos con una compañía que estaba construyendo lo que queríamos. A cinco kilómetros de Madrid, cerca de un espléndido pinar y entre deliciosos caminos serpenteantes, cada casa era diferente de su vecina, tanto por la altura de las paredes como por el número y la forma de las puertas y ventanas. Además, eran casas bien construidas, con unos cimientos sólidos, y no las pretenciosas y frágiles viviendas de costumbre.

Redondeamos el proyecto con la ayuda de un arquitecto. Habría resultado mucho más caro si hubiéramos escogido una casa junto a la carretera como hubiese preferido mucha gente. Nunca un español es tan feliz como cuando puede controlar desde su ventana una buena vista de la calle o de la carretera. Cuanto más concurrida sea la calle más feliz será el inquilino de la casa. El mayor cumplido que la tía María o su madre podían hacer de una casa era decir que era como "un taxi esperando en una parada". Por suerte, todos estábamos de acuerdo en tener nuestra casa en una zona tranquila.

Mi madre me había dejado algo de dinero al morir y éste, junto con lo que Cefe había ahorrado en París, nos permitió pagar la entrada que, de lejos, era la suma de mayor cuantía.

Ibamos casi todos los días a ver como prosperaban las obras, como la mayor parte de la gente que se hace una casa. Enseguida, planifiqué el jardín y yo misma me ocupé de que plantaran los árboles de modo que pudiéramos tener algo de sombra cuando estuviéramos instalados. Había variedades de diferentes provincias españolas. Igual que todos los nuevos propietarios de un jardín en países cálidos, planté demasiados, pero como todavía eran pequeños no importaba mucho.

El día que vi a los albañiles poniendo los cimientos de nuestra futura casa, sentí que un extraño estremecimiento me recorría la columna vertebral.

Ante el profundo corte en el suelo, mostrando piedras y argamasa como enormes venas, todo mi ser respondió a la ancestral llamada de la tierra, su lugar de descanso.

Mientras subían las paredes y las cubrían con madera de un extremo a otro para formar el tejado, fuimos en coche por los pueblos de los alrededores buscando platos, jarras y jarrones de cerámica popular, con los que aumentar una colección que habíamos empezado cierto tiempo antes, una colección de cerámica sencilla y barata aunque muy bonita por sus brillantes colores y su diseño simple.

Aquel invierno se estrenó en Madrid mi traducción de *Anna Christie*, la obra de teatro de Eugene O'Neill, y fue un éxito.

Bien pronto, sin embargo, la ola de agitación política que atravesaba el país volvió a reclamar nuestra atención. El rey había ordenado al gobierno convocar elecciones municipales, y todo el mundo se estaba preparando. El objetivo era pulsar la opinión pública y, si estas elecciones salían bien, es decir, con una mayoría substancial para los intereses del rey, convocar después elecciones generales. El proceso de los presos políticos también acrecentaba las especulaciones. Iban a ser conducidos ante un tribunal militar, cuyo presidente, el general Burguete, era, al parecer, favorable a los prisioneros. Todos los abogados encargados de la defensa, entre los cuales una mujer, Victoria Kent, eran personas de prestigio. Tenían la intención de hacer uso de un argumento irrefutable: los detenidos sólo habían pretendido la restauración de la legalidad. Asistí a todas las sesiones del proceso.

Notas

¹ Isabel [Oyarzábal] de Palencia: *I Must Have Liberty* (New York-Toronto: 1940) pp. 191-195. Estas memorias, escritas en el exilio y de las que sólo existe la edición en inglés, son apenas conocidas hoy en día. El fragmento traducido traza un paralelismo entre la preparación de la II república española y la preparación de una casa propia, entre lo público y lo privado, rasgo característico de las memorias escritas por mujeres.

² Ceferino Palencia Álvarez, familiarmente Cefe, marido de Isabel de Oyarzábal, Ela. El matrimonio tuvo un hijo, Cefito, y una hija, Marissa. [N. de la T.]

³ Los días 12 y 13 de diciembre de 1930, la guarnición militar de Jaca se sublevó contra la monarquía española, en pro de la república, a los órdenes de los capitanes Fermín Galán y Angel García Hernández, quienes, el 14 de di-

ciembre, tras un consejo de guerra sumarísimo, fueron fusilados. Al día siguiente, 15 de diciembre, en el aeródromo de Cuatro Caminos se intentó proseguir la sublevación.